

Entrevista con Alma Guillermoprieto\*

## ¿Cómo informar sobre una guerra con masacres, pero sin batallas?



Alma Guillermoprieto

Ese rostro anguloso, de facciones marcadas y ojos profundamente grandes, esos dedos largos y expresivos, nos hacen pensar en una Virginia Wolf transplantada de Londres a Bogotá, donde se dedica a la *reportería* de guerra, oficio más azaroso que el de novelar: es Alma Guillermoprieto, periodista mexicana, trashumante por el continente latinoamericano como corresponsal de acreditadas publicaciones norteamericanas —The New Yorker y Newsweek—, que vuelve a Colombia una y otra vez, desde el primer viaje que realizó hace casi 30 años.

Desde entonces ha ido afianzando amistades y conociendo a fondo la compleja realidad colombiana, que comenzó a narrar en tres ensayos publicados originalmente en The New York Review of Books, en su libro “Al pie de un volcán te escribo. Crónicas latinoamericanas”, y terminó por descifrar en “Las guerras de Colombia”; esa larga inmersión en nuestro conflicto le permitió afirmar, una mañana lluviosa del mes de abril pasado, ante un auditorio lleno de ávidos estudiantes de Comunicación Social de la Ponti-

ficia Universidad Javeriana, que “moralmente, lo único que uno tiene que hacer es reportear bien, independientemente de que simpatice con cualquier bando”.

Para ella, que fue bailarina en su juventud y que se va desplazando por el mundo con gracia felina, “escribir es como caminar”; al menos así entiende el proceso de escritura de una crónica o de un reportaje, géneros que nacen de la activación de los cinco sentidos, especialmente el de la observación aguda. Ella, por ejemplo, no deja de voltear su cuello de cisne cuando va en un taxi, al recorrer el escenario de su siguiente crónica, y se extraña de que sus colegas vayan muy derechos, con la mirada perdida, cuando todo está por descubrir. Con esta pasión ha transmitido su experiencia a decenas de periodistas latinoamericanos que han asistido a sus talleres de crónica organizados por la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.

**Signo y Pensamiento:** Una de las figuras más sobresalientes en la literatura periodística es la del corresponsal de guerra, que va a tierras lejanas para cubrir conflictos armados, ¿qué ventajas comparativas tiene el corresponsal frente al periodista local, que informa sobre el conflicto?

\* Entrevista realizada por Maryluz Vallejo y Jorge Bonilla, profesores del Departamento de Comunicación, el 24 de marzo de 2002.

**Alma Guillermprieto:** El asunto es que los corresponsales extranjeros tenemos un grado de libertad mayor que cualquier periodista nacional, por una razón muy lógica: no hay quién nos controle. Pero, aparte de eso, los editores, al decidir enviar a una persona a otros países, están decidiendo, entre otras cosas, hacer una gran inversión; un viaje de un mes, de un corresponsal, cuesta varios miles de dólares, contando hoteles, pasajes, taxis, comida, teléfono. Es un gasto grande. Tomar esa decisión es un gran voto de confianza y, en esa medida, quien viaja cuenta con el respeto y el respaldo de los editores, lo que también brinda autonomía.

Ahora, esa libertad implica una presión enorme, justamente porque cualquier periodista que no sea cínico, dice: «están esperando mucho de mí, por tanto, yo tengo que cumplir con ese compromiso asumido». Los corresponsales extranjeros suelen trabajar 14 horas al día, sin parar, porque traen esa maquineta que dice: «tengo que ser digno de la confianza que se ha depositado en mí, tengo que hacer las cosas lo mejor que se pueda». Además, los corresponsales trabajan en condiciones de enorme competencia. Esa presión puede llevar, en el mejor de los casos, a un trabajo excelente, pero también a pésimos resultados; como, por ejemplo, que se infle la noticia o que se invente, por el deseo de complacer a los jefes.

**S y P:** ¿Cómo ven ustedes, los corresponsales extranjeros, el hecho de que los periodistas colombianos se suban a un helicóptero del Ejército para ir a cubrir situaciones de guerra, con la disculpa de la falta de recursos económicos de los medios?

**A.G.:** Con un poco de vergüenza. Sabemos que trabajamos en una situación de lujo comparada con la de quienes les toca dar la batalla informativa diaria, que son realmente los afectados. Somos conscientes de la indefensión de los periodistas locales, porque en últimas si nosotros nos sentimos amenazados casi siempre tenemos la opción de tomar un bus o un avión, de llamar a la embajada y salir del país, mientras que los reporteros locales trabajan no solo con desequili-

brio económico sino con desventaja política, por decirlo de alguna manera.

En esto, muchas veces ha faltado el respaldo sólido, contundente y persistente de la casa editorial, que no asume las amenazas contra los reporteros. Aunque eso comenzó a cambiar a partir del asesinato de don Guillermo Cano en 1986 y de los atentados contra El Espectador en 1989, que contribuyeron a crear una mentalidad más solidaria entre los periodistas.

**S y P:** ¿Qué opinión tiene del cubrimiento periodístico local sobre el conflicto armado en Colombia?

**A.G.:** Si para los corresponsales extranjeros no es fácil tener una visión coherente de lo que pasa en este país, es más difícil para los periodistas locales. En Colombia no abundan los reporteros de campo mayores de 40 años, cuando mucho. Yo diría que el promedio de edad es de 25 a 35 años; por definición es gente joven, que se ha graduado de las facultades de periodismo, que están bajo la presión de la chiva y de la hora de cierre, que tienen pocos recursos para reflexionar y hacer un análisis más complejo. Son periodistas que pueden quedar ahogados bajo el peso de los acontecimientos diarios.

Un corresponsal extranjero, por lo general, envía una nota cada tercer día y solo a veces, en momentos muy álgidos, diariamente. Tiene, por lo menos, ese ligero espacio para reflexionar. Para los periodistas colombianos eso es difícil, pues los acontecimientos cambian muy rápidamente y el conflicto está muy fraccionado. No es una guerra entre dos partes, sino de fracciones múltiples, lo que dificulta la tarea de los reporteros. Pero, mucho más que eso, la dificultad está en la relativa ausencia de editores, o sea, de aquella persona que, sentada en Bogotá, Medellín, Cali o Bucaramanga, es capaz de tener una visión general de lo que sucede, que sabe lo que están enviando todos los reporteros y que es capaz de decirle a los periodistas «aquí te estás parcializando»; «aquí te faltó enfocar este aspecto de la información»; «esta nota está muy larga»; «esta informa-

ción merece un tratamiento más largo»; «tómame el viernes, sábado y domingo para hacerme un mejor análisis». Todo eso es responsabilidad de un editor, y aquí muchas veces no existe ese auspicio, sobre todo en los medios locales, que es de donde suele surgir la noticia primera.

**S y P:** En un reciente libro suyo, titulado “Las guerras de Colombia”, usted señala que la violencia en este país se ha caracterizado por la existencia de unas guerras sin batallas, sin confrontaciones abiertas, en las que la mayoría de las víctimas han sido civiles. ¿Qué reto le plantea esto al periodismo?

**A.G.:** La observación no es mía sino del historiador colombiano Gonzalo Sánchez, y cuando la leí me resultó absolutamente esclarecedora de lo que yo he podido presenciar al hacer reportajes en este país. En Colombia, efectivamente, a lo largo de los últimos 50 ó 60 años, no se ha dado una guerra civil, sino un conflicto civil con masacres de por medio como arma de lucha. Eso que comenzaba a cambiar con la ofensiva de las FARC a finales de la década de los noventa, y con el paso a una guerra de movimientos, ha vuelto en los últimos años a la misma situación. Esto crea un problema periodístico, no solo para los periodistas locales sino para los corresponsales también. En una guerra sin hitos o con escasos hitos, con pocos acontecimientos que marquen cambios de rumbo, ¿cómo informar? Aquí hubo años —1988 y 1989— caracterizados por la existencia de masacres casi ininterrumpidas, pero a la séptima masacre ¿cómo reportearla de manera que no se parezca a las anteriores? Si nosotros estamos cubriendo noticias, la séptima ya no es noticia. La noticia se refiere a algo nuevo. Por eso el análisis y la cobertura informativa de una serie de hechos repetitivos es algo, de verdad, muy complicado.

Aparte de eso, hay muchas personas en este país a quienes les han matado a la mamá, al papá, al hermano o al hijo, y todas dicen: «sentí mucho miedo», «sufrí mucho». ¿que otra cosa se podría decir? Cuando doy los talleres de crónica y reportaje periodístico en Cartagena, los perio-



Fotografías de León Darío Peláez - Revista Semana  
Desplazados en la sede de la Cruz Roja

distas siempre preguntan: «¿cómo hacemos para que esto no se vuelva una nota rutinaria y repetitiva?». Una de las maneras de hacerlo es singularizando ese personaje, tomándose el trabajo de fijarse en quién es, quién le está hablando a uno. En esto hay que tomarse el tiempo, incluso hay que sufrir un poco con los protagonistas, porque si uno llega, pone el micrófono y se va, no tiene ningún acceso a la experiencia vital de ese momento. Si uno se toma el tiempo, empieza a sufrir, aunque sea el calor o el frío, el tedio o la pobreza del entorno, de lo que sea, pero sufre, y si describe eso mete al lector más. Y si los gestos del protagonista ayudan a completar a ese protagonista, también ayuda más a los lectores. Si es gordita y nerviosa, si habla con una calma que no se compagina con lo dramático de los eventos que está relatando, si no puede concentrarse en lo que está diciendo porque todo el tiempo tiene que estar cuidando a todos los hijos que están ahí corriendo alrededor de ella..., todo eso le da vida a un relato, y ese recurso sirve tanto para una crónica larga como para el reportaje del día.

**S y P:** En el caso de las masacres reiteradas, ¿qué es lo que le pediría en términos de información, un medio extranjero, al estilo del Washington Post, a sus corresponsales?

A.G.: En estos casos, un periódico extranjero se ve en una situación mucho más complicada que un periódico local. Si para El Tiempo resulta difícil seguir convenciendo a los lectores de que lean la *cuarentava* narración de una masacre, para el Washington Post, a cuyos lectores realmente les importa muy poco lo que ocurra en un país extranjero, la tarea es todavía más difícil. Con esto, no quiero decir que los lectores estadounidenses sean los únicos localistas de este mundo, que todo sea localismo en los Estados Unidos. Si no me lo creen piensen, por ejemplo, en el seguimiento que hacen ustedes, como lectores de periódicos, de las noticias provenientes del Medio Oriente. ¿Qué tanta atención les ponen? ¿Están dispuestos a leer todos los días en primera plana, la noticia de otro hombre-bomba suicida? Muchas veces uno piensa que el problema es local, pero no; el problema es humano, y cuando uno se coloca en el lugar de los lectores de noticias, se percibe esto con más facilidad.

S y P: Cuando las sociedades están en crisis aparecen distintas voces que hacen un llamado por una información con más contexto, por un periodismo con más memoria... ¿Qué demandas serían válidas para el periodismo y cuáles no, en el sentido de que muchas veces buena parte de estos llamados son para que el periodismo se convierta en sociología, en historia, en ciencia política?

A.G.: Las demandas más urgentes son al mismo tiempo poco viables, por decirlo así, en Colombia. Una de las razones por las cuales el público lector se impacienta tanto con las noticias de sangre, es porque el relato escueto de una muerte tras otra ya no ayuda a entender qué es lo que está ocurriendo. No basta con una descripción de los hechos. Lo necesario es que cada artículo aporte comprensión, que se pregunte por qué ocurrió esto, quiénes son los verdaderos culpables, cuáles son las causas de este hecho; eso es lo que puede diferenciar un hecho de sangre de otro, y no la simple afirmación: «aquí mataron a 43 y allá mataron a 48». Eso es lo único que puede contribuir a la creación de una memoria colectiva.

Tampoco se puede alegar, indefinidamente, que esta masacre es atribuible a los paramilitares, o que las FARC reclutan jóvenes de 15 años para la guerra, eso hay que documentarlo y luego hay que explicar por qué sucedieron las cosas. Esto no es sociología, sino echar mano de los recursos de la sociología, de la historia y de las ciencias políticas para hacer una investigación completa. Ahora, cualquier periodista nacional que intente hacer una investigación seria de este tipo corre el riesgo de morir. En el caso de los corresponsales extranjeros, debo insistir, contamos casi siempre, y particularmente aquí en Colombia, con la protección diplomática, que hasta la fecha, por lo menos, nos han concedido las diferentes partes en conflicto.

S y P: ¿Se refiere a la necesidad de combinar las cifras con los testimonios y con el nexo causal de los acontecimientos?

A.G.: Con la causa, sí, porque si no, lo que ocurre es que los informes diarios sobre los hechos que están desangrando al país se vuelven generadores de pasividad. Ante la incomprensión, uno no entiende muy bien qué es lo que puede hacer, y cuando las personas no entienden qué es lo que pueden hacer, tienden a paralizarse para no sentirse mal. Mucha gente que yo conozco, en Colombia, se niega a leer el periódico o a ver televisión, por salud mental. Creo que lo que realmente les provoca ese rechazo es la sensación de su propia impotencia, y esa impotencia nace de la incomprensión, de no saber por qué suceden los hechos.

S y P: Otra estrategia informativa sería darle nombre a esas víctimas, salir del anonimato de las cifras de muertos para contar historias sobre quiénes eran ellos, quiénes eran sus familiares...

A.G.: Eso tiene un periodo de utilidad limitado. Un buen ejemplo de eso es la página entera que el New York Times le ha dedicado a los retratos de las víctimas de los atentados del 11 de septiembre. Cuando las historias de las personas comenzaron a publicarse a plana completa, con fotos y pequeñas biografías, todos leímos cada una

de esas historias. Realmente los periodistas hicieron lo posible para que no fueran esquelas mortuorias repetitivas, sino relatos sobre si a fulano de tal le gustaba cocinar *barbecue* los sábados, que si menganita trabajaba en la iglesia todos los domingos, que si zutanito era un saxofonista aficionado, entrevistando para ello a los compañeros de trabajo, preguntando cómo los recordaban... Eso fue maravilloso al principio, pero inevitablemente, para diciembre ya la gente no leyó más esas historias. Y esto lo digo porque se necesitan verdaderas dotes como escritor o escritora para realizar esas biografías, pero aunque los medios pusieran todo su esfuerzo en ello, como lo puso el New York Times, inevitablemente se agota el recurso.

S y P: Pero también la recuperación de géneros periodísticos como la crónica y el reportaje estaría dando lugar a ciertas variantes del sensacionalismo y el dramatismo informativo que habla en nombre de un periodismo de rostro humano, que propone contar historias que saquen a la luz la dimensión humana de las víctimas, la tragedia y el horror, ¿que piensa usted de eso?

A.G.: Eso es verdad, pero la otra cosa cierta es que si no desarrollamos la escritura, las cosas en el periodismo no van a cambiar. Resulta que últimamente el periodismo en América Latina ha privilegiado tan poco la escritura, la crónica y las técnicas narrativas, que son muy pocos los periodistas que tienen la facultad para contar historias. Entonces hay que hacerlo con los recursos humanos que tenemos disponibles. Y cuando se corre el peligro de caer en el sensacionalismo, ahí nuevamente tiene que aparecer la figura del editor que diga: «cambiamos de rumbo».

S y P: Insiste en el papel de los editores, en la tarea de formar editores, ¿es muy baja la calidad de los editores en el periodismo latinoamericano?

A.G.: El periodismo en América Latina ha cambiado en los últimos 15 años. La caída de las dictaduras, el ejercicio de un periodismo libre, la falta de censura, la profesionalización de los periodistas, todo eso ha sido un cambio radical para

bien, pero mientras no se empiece un buen trabajo editorial yo creo que nos vamos a estancar, porque todos esos son temas que tienen que resolver los editores. Si los medios latinoamericanos no se empiezan a reestructurar alrededor de un equipo editorial profesional, bien pagado y de prestigio, no vamos a seguir avanzando.

En eso no ha habido el suficiente adelanto. Tenemos una figura de editor de escritorio, que es, con demasiada frecuencia aun, alguien que no sirvió para ser reportero, o que ya no tiene ganas de salir a reportear. un gran editor realiza un trabajo doble: edita un texto renglón por renglón, y también aporta una perspectiva de largo alcance. Se pregunta todos los días: ¿para dónde vamos? El editor es alguien que debe tener una visión global de su medio, es decir, es alguien que se pregunta: «tenemos este conflicto, ¿con qué recursos contamos en términos de reporteros?», «¿cómo los repartimos?». Obviamente eso se hace hoy en día —y con frecuencia los logros son extraordinarios— pero, a mi parecer, falta todavía una visión más narrativa, menos enfocada en la noticia breve y el cubrimiento del día a día.

S y P: Pasando a otro tema; viendo las guerras de hoy pareciera que asistimos a un declive de la autonomía e independencia del periodismo en su función de informar sobre los conflictos armados en el mundo, ¿cuál es su opinión al respecto?

A.G.: Yo no creo que declive sea la palabra justa. Lo que ha existido es un esfuerzo por parte de las recientes administraciones de los Estados Unidos por impedir el acceso de la prensa a la guerra. Y ha sido un esfuerzo exitoso sobre todo en Arabia Saudí durante la Guerra del Golfo. En la guerra de Afganistán no creo que ese esfuerzo haya sido tan exitoso; si se fijan, estamos recibiendo información, por lo menos en Estados Unidos se está recibiendo información con profundidad. La prensa se movió directamente al lugar de los hechos, como debe de ser. Por cierto, una consecuencia trágica, y tal vez inevitable, es que llevamos alrededor de 10 periodistas muertos en este muy breve lapso de tiempo de octubre del año pasado hasta la fecha.

En otros países ha existido una información muy deficiente sobre el asunto. En México, la falta de preocupación por la guerra y sus consecuencias ha sido alarmante. Al sexto día de la retaliación en Afganistán, la guerra desapareció prácticamente de las noticias, y la cobertura que se hizo fue muy anti-imperialista, pero también muy ignorante. Por un lado, reflejaba la indignación de cualquier país pequeño y pobre ante la invasión armada de otro país, pero no incluía un análisis de la cultura de Afganistán, de los efectos en Afganistán.

S y P: Sin embargo, hay una corriente en el estamento político-militar mundial que plantea: ¡no más Vietnam, no más imágenes de horror, ni cuerpos muertos!, y que afirma que la guerra es algo tan serio que no se le puede dejar a los periodistas para que la cuenten. ¿Qué reto le plantea al periodismo la información desde la retaguardia?

Teatro callejero



A.G.: Esto es más apremiante para la televisión, entre otras cosas porque depende mucho de herramientas cada vez más sofisticadas; si no tienen sus satélites emplazados, si no tienen emplazado su equipo de gran sofisticación tecnológica, realmente sufren para dar un cubrimiento que nosotros los reporteros de lápiz y papel podemos trabajar mejor. Nosotros no sufrimos tanto ese problema, pues nos metemos a lo que sea, y tal vez salimos un mes después, pero salimos con un reportaje. Con una camarita de video 8 y suficientes pilas también se puede informar. No estoy muy de acuerdo con eso de que los periodistas ya no informan, y a lo mejor peco de ignorante, lo que me parece es que en general las guerras de alta tecnología se han vuelto mucho menos sangrientas, hay bombas teledirigidas, esta cosa a mansalva que fue Vietnam no se ha repetido.

En Afganistán se armó un escándalo cuando hubo 37 civiles muertos. En Vietnam, ¿cuándo se iba a armar un escándalo por 37 civiles muertos? Actualmente hay otros criterios de exigencia, de respeto por los derechos de los civiles, por tanto no pienso que se haya hecho menos cobertura; las guerras de hoy han sido menos sangrientas que la de Vietnam, si pueden seguir siendo menos sangrientas es otra cosa, pero por el momento han sido más higiénicas, por usar términos asépticos. con esto no quiero decir de ninguna manera que una guerra "limpia" sea más tolerable o aceptable desde el punto de vista moral.

S y P: Y menos heroicas, hay menos héroes.

A.G.: Y menos heroicas, sí claro, porque no hay combate cuerpo a cuerpo, todo se hace teledirigido. justamente aquí entra el problema moral. ¿Qué pasa si yo, ciudadano de un país equis, puedo mandar matar a los habitantes de otro país que no conozco y ni siquiera puedo ver, y no tengo que poner un solo muerto de mi parte? En la medida en que un gobierno invasor pueda imponerle a la prensa que la cobertura también sea teledirigida, pues felices, pero nosotros no estamos felices. Hay demandas del público lector y televisivo para que no nos dejemos copar por esa restricción, para que no nos rindamos y hagamos

coberturas de las guerras, porque la gente sí quiere saber cómo fue que pasó eso, no quiere ver estas imágenes del radar.

S y P: ¿Qué interés tiene el público común estadounidense, ese lector común, frente a un conflicto como el colombiano? ¿Cuáles son las demandas informativas de esos lectores?

A.G.: Hago una aclaración. Yo escribo para una revista que, como el *New York Review of Books*, tiene 125.000 lectores, muy influyentes ellos, según se dice, pero apenas son 125.000, y para el *New Yorker* que tiene un millón de lectores. Un millón puede sonar a mucho, pero no si se le compara con la circulación de *People Magazine*. Además, se trata de dos publicaciones tremendamente liberales y anti-intervencionistas. Por lo tanto, no son medios grandes ni representativos. Pero, para contestar en términos más generales a su pregunta, nuevamente les pediría que se pusieran en el lugar de una lectora promedio del periódico. Pongámoslo de esta forma: si el Ejército colombiano se decide mañana a mandar tropas al Ecuador o a Costa Rica, qué es lo que una lectora colombiana querría saber al respecto: ¿Van a morir mis hijos? ¿Van a morir soldados colombianos? ¿Vale la pena que vayan? Si van, ¿van por una causa justa? Y, si van a pelear por una causa justa, mis hijos y los hijos de este país, ¿pueden ganar la guerra?

Esas preguntas son humanas. Uno puede decir que son egoístas, pero son las preguntas que surgen. En un desplazamiento hipotético de tro-



pas colombianas a otro país, muy pocos se interesarían por la pobreza interna de ese país, ni por saber si el vicepresidente es un liberal, o el hijo del dueño del principal periódico. Se van a interesar en la medida en que afecte la vida de los suyos. Esas son las preguntas en Estados Unidos también, de ahí que toda la cobertura que haga cualquier corresponsal extranjero en Colombia tiene que responder a esas preocupaciones, porque si no la gente no lo lee, a menos de que ese lector sea alguien a quien le interesa influir en los debates internos del gobierno, como en efecto son muchos de los lectores del *New Yorker*.

S y P: ¿Esas son las preguntas que también se formularían los periodistas estadounidenses?

A.G.: Sí.

S y P: ¿Y esas son las preguntas que también se formularía usted?

A.G.: No, porque yo soy latinoamericana, mis preguntas son diferentes y mi perspectiva también. Creo que eso es lo que el *New Yorker* valora de mi trabajo, porque tengo un enfoque que es mucho más de acá y desde acá hacia allá. En mis artículos rara vez aparece citada una fuente diplomática extranjera, o como en Estados Unidos les gusta decir, una fuente occidental. No me interesa, me interesa lo que sentimos y pensamos los latinoamericanos —los gobernantes y los dueños de pequeños negocios y los estudiantes y los indígenas—. Quienes deciden la historia son las personas, la gente que vive la historia. Yo trato de ocuparme mucho más de esa gente, y no de los círculos de poder, ni de los cálculos ajedrecistas de la estrategia.

S y P: Ya que habla de lo imprevisible, hay algunos periodistas que plantean que el periodismo debe estar del lado las víctimas, del lado de la población que sufre los horrores de la guerra... ¿Usted militaría en esa posición? ¿Qué reflexión haría con respecto al alineamiento que se le pide hoy al periodismo?



A.G.: Yo creo que no hay necesidad de tomar partido, porque inevitablemente los seres humanos acabamos tomando partido; frente a esa inclinación natural, la obligación que tiene el periodismo es la de reportear bien. Si se reporta bien, uno se podrá equivocar en términos del partido que se toma, pero eso no hay manera de saberlo a tan corto plazo. Lo que se puede hacer —la obligación que creo que tenemos— es tratar de informar de la manera más completa y equitativa posible, a pesar de las propias inclinaciones o simpatías. Además, eso de tomar partido por las víctimas no me gusta. Uno tiene la obligación de poner toda su atención en las víctimas: el matiz es diferente, pero creo que es útil.

Muchas veces les pregunto a los periodistas colombianos, que sufren este conflicto tan cerca, si cuando van a cubrir las secuelas de una masacre, y le preguntan a la mamá de una víctima: «¿señora, su hijo estaba metido en la guerrilla?», Y ella les responde: «no, jamás», ¿ellos le creen? El instinto natural les dice: «claro, se trata de una madre que sufre, entonces ella tiene que es-

tar diciendo la verdad». Yo les digo que no, que se trata de una madre que sufre y está aterrada porque la pueden matar a ella también y a sus otros hijos que quedaron vivos. Por tanto, no tenemos manera de saber si realmente ese muchacho muerto estaba en la guerrilla o no; de ahí que la dificultad de desentrañar la verdad de una situación de masacre es grande. Por eso mismo uno no tiene manera de saber más que investigando, investigando causas, qué fue lo que verdaderamente pasó en ese pueblo.

Además, en la revista tenemos una norma inviolable, y creo que la comparten todos los medios en Colombia, que es la de no publicar información de manera que deje indefensa a quien la da, o que pueda provocar más muertes, generar más víctimas. Esto sobre todo en el caso de la gente más desamparada, como suelen ser las víctimas de una masacre. En situaciones como la de Colombia, esto constituye otra limitación sobre nuestra capacidad de informar ampliamente a los lectores. Tenemos que poner en la balanza nues-

tra obligación con el público, y el derecho a la vida de nuestras fuentes.

**S y P:** Es que no se puede sectorizar la prensa... se pierde una versión, una parte de la historia.

**A.G.:** Lo que uno no puede hacer es perder de vista la responsabilidad principal que tiene que es la de averiguar cómo ocurrieron los hechos. Para eso se necesita recurrir a cuanta fuente disponible haya. Un conflicto significa que hay, por lo menos, dos partes involucradas, y por más que una de las dos partes, o las dos, estén distorsionando los hechos, tapando o magnificando las cosas en sus recuerdos, como hacemos todos, escuchándolas uno siente que se va completando el rompecabezas.

**S y P:** Según eso, ¿está en desacuerdo con quiénes plantean que hablar con los guerreros es darles un protagonismo noticioso que no deben tener?

**A.G.:** Estoy absolutamente en desacuerdo. Hoy, mucha gente piensa que no se les puede ofrecer un foro a los guerreros o a los violentos; que, por ejemplo, el error de Pastrana fue haber hecho visible un conflicto, como si dejarlo invisible hubiera eliminado la tensión. Esa discusión también se acaba de dar en los Estados Unidos con las cintas de video de Osama Ben Laden, en términos de decidir si se proyectaba o no la cinta. ¿Cómo no se iba a proyectar si él es uno de los principales protagonistas del acontecer mundial en este momento? Por supuesto que lo que él tiene para decir importa. Ahora, si Ben Laden lleva 10 vídeos echando retórica hay que pensar en resumir la noticia, o asumir que esta repetición no es noticia, y descartar el video. Pero si, como en este caso, está contando cómo se alegró cuando los aviones entraron en las torres gemelas, pues es posible que ese sea el primer indicio claro de que él dirigió los ataques.

**S y P:** Escuchándola hablar sobre la idea de reportear bien, se puede leer que conceptos como objetividad, imparcialidad, veracidad, siguen



siendo defendibles dentro del trabajo periodístico, y esto frente a una corriente que impugna esa concepción en nombre de la subjetividad. ¿Cuál es su posición como periodista con respecto a ese debate y frente a unos géneros periodísticos que como los que usted trabaja van más allá de la noticia?

**A.G.:** Los términos de objetividad y subjetividad ofuscan un poco la discusión, así como hablar de derecha e izquierda no ayuda a aclarar qué es lo que está ocurriendo. Todos los que reportamos tenemos corazón, y la tendencia humana es inclinarse por alguien o por alguna de las partes en conflicto. Sin embargo, mi obligación es ser consciente de que si yo siento una verdadera pasión por Manuel Marulanda, para poner un caso muy hipotético, mi obligación es asumir que mientras más pasión siento por ese personaje mayor será mi obligación de reportear todos los aspectos negativos que puedan surgir ante mi vista en el accionar de Marulanda. Eso es la equidad, ser consciente uno mismo de sus tendencias a parcializar, y tratar de corregir esa desviación. No es que un sentimiento sea una desviación, pero para los lectores sí lo es, porque cuentan con nosotros para informarles de los hechos de la manera más completa posible.

La otra cosa importante es poner las cartas sobre la mesa. Yo trato de ser muy clara en mis artículos. Escribo mucho en primera persona, porque no estoy escribiendo noticias, trabajo en el género de crónica, involucrando mis sentimientos más profundos, y es importante que los lectores lo sepan. Por eso escribo: «yo sentí», «yo pienso», «a mí me pareció», porque con eso quiero decir «a usted lector le puede parecer absolutamente diferente», «a usted, lectora, le puede parecer que estoy delirando, pero es lo que yo pienso». Mientras eso se aclare, mientras las cartas estén sobre la mesa y las personas sepan que esa es mi visión —parcial, seguramente— de las cosas, creo que estamos bien todos. Eso ayuda a que haya un acuerdo entre los lectores y quien escribe, y a que no se viole la confianza de los lectores.

S y P: La visión de cronista que se puede leer en sus escritos sobre Colombia es también una carta de navegación para este conflicto, ¿cómo llega a los temas, por ejemplo, a esta última historia de niños reinsertados de la guerrilla que está escribiendo?

A.G.: Para escribir un artículo yo lanzo una red muy amplia, reporteo mucho. Voy encontrando mi tema conforme voy avanzando, conforme veo que he dado con una situación útil para hacer que los lectores entiendan lo qué está pasando en el país donde estoy. Cuando encuentro esa herramienta me pego a ella. En este caso en particular, creo que voy a escribir sobre esos muchachos porque me parece que resume un poco lo que es la demencia de esta guerra, que desecha a sus participantes. Pero no necesariamente por el hecho de estar reportando algo quiere decir que voy a escribir sobre eso. Yo realmente voy a ciegas, como si estuviera buceando, viendo a ver con qué me topo, que me ayude a hacer comprensible una situación.

Ahora, no espero hasta el final para ver que fue lo que hice. Así como uno tiene que escuchar activamente tiene también que reportear activamente y no pasivamente. No voy a lo que me den, sino a lo que busco. Elimino y busco posibilidades constantemente. Siento que voy llegan-

do a algún lado cuando sé —en términos literarios— por dónde quiero comenzar. Siento que ya me puedo sentar a escribir cuando sé como terminar. Con un principio y un fin todo es cuestión de encontrar el caminito intermedio.

